

VINIENDO A CRISTO

Thomas Wilcox (1621-1687)

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”
(Mateo 11:28).*

Para *creer*, debe haber una clara convicción de pecado, de los méritos de la sangre de Cristo y de la voluntad de Cristo para salvar, basándote, sencillamente, en la consideración de que eres un pecador.

Cuando venimos a Dios, no debemos traer nada más que a Cristo con nosotros. Cualquier ingrediente o cualquier cualificación previa nuestra, envenenará y corromperá la fe.

Creer es lo más maravilloso en el mundo. Ponle algo tuyo y lo estropearás. Cristo no lo considerará como algo que sirva para *creer*. Cuando tú crees y vienes a Cristo, debes dejar atrás tu propia justicia y traer, solamente, tu pecado: (¡Oh, cuán difícil es!) dejar atrás toda tu santidad, santificación, deberes o si no, Cristo no es para ti, ni tú para Cristo. Cristo será un Redentor y Mediador perfecto, y tú debes ser un pecador perdido, o Cristo y tú nunca podrán estar de acuerdo.

Por tanto, mira la naturaleza de la fe; es un venir tal como somos: Pobres, estropeados, cojos, ciegos y desnudos como somos, sin dilación y sin esperar tener mejores calificaciones, las cuales nunca tendremos hasta que vengamos a Cristo por ellas. Cualquier cosa que traigas cuando vengas a Dios en busca de aceptación, fuera de Cristo, llámalo anti-Cristo; échalo fuera; que triunfe *solamente* la justicia de Cristo. Todo lo demás es Babilonia, lo cual tiene que caer si Cristo señorea, y te regocijarás en el día de su caída (*Isaías 14:4*). Sólo Cristo ha pisado el lagar y nadie más había con Él (*Isaías 63:3*). Si unes algo a Cristo, Él lo hollará con furor e ira, y manchará sus vestidos con la sangre de aquello.

Debes tomar todo de la mano de Dios. Cristo es el regalo de Dios (*Juan 4:10*). La fe es el regalo de Dios (*Efesios 2:8*). El perdón, es un regalo gratuito (*Isaías 45:22*). Ah, cómo la naturaleza [humana] se turba, se inquieta, se enfurece ante esto: Que todo es un regalo y que no puede comprar nada con sus obras, lágrimas y deberes, que todas esas obras están excluidas y no tienen ningún valor en el cielo.

Dices que no puedes creer, que no puedes arrepentirte. Acude a Cristo con toda tu impenitencia e incredulidad para recibir de Él, la fe y el arrepentimiento; eso es glorioso. Dile a Cristo: “Señor, no he traído justicia, ni

gracia para ser aceptado o justificado por eso: Vengo por la Tuya y debo tenerla”.

Puedes ser abatido, hasta el borde del infierno, listo para caer allí; [pero] no puedes ser llevado más abajo que el vientre del infierno. Y aún allí, puedes mirar hacia el santo templo (*Jonás 2:4*). En aquel templo no podían entrar sino los que eran purificados y, además, con una ofrenda (*Hechos 21:26*). Pero ahora, Cristo es nuestro templo, sacrificio, altar, sumo sacerdote, a Quien nadie puede venir, sino los pecadores y esto, sin ninguna ofrenda, excepto la propia sangre de Él, ofrecida una vez [para siempre] (*Hebreos 7:27*).

¡Pecador desesperado! Miras a derecha e izquierda, diciendo: “¿Quién nos mostrará algún bien?”. Estás dando vueltas sobre todos tus deberes y declaraciones, tratando de remendar una justicia para que te salve. Mira a Cristo ahora; míralo a Él y sean salvos todos los términos de la tierra. No hay nadie más. Él es el Salvador y no hay otro fuera de Él (*Isaías 45:21-22*). Mira a cualquier otro lugar y estarás perdido. Dios no mirará a nadie más que a Cristo y tú no debes mirar a nadie más. Cristo fue levantado en lo alto, como la serpiente de bronce en el desierto, para que los pecadores de todos los confines de la tierra, aun desde la mayor distancia, puedan verlo y mirar hacia Él. La menor visión de Él, será salvación; el menor toque será sanación para ti.

Dios quiere que lo mires a Él, pues lo ha puesto sobre un alto trono de gloria, a la vista abierta de todos los pobres pecadores que lo deseen a Él. Tienes infinitas razones para mirarlo y ninguna razón para apartar tu vista de Él porque Él es manso y humilde de corazón (*Mateo 11:29*).

Él es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Juan 1:29*). Él ha bebido la copa más amarga y ha dejado la dulce; la condenación es removida. Cristo bebió de un solo trago, toda la Ira del Padre y nada queda, sino salvación para ti (*Lucas 23:33-34*).

¡Procura que la herida que el pecado ha hecho en tu alma, sea curada perfectamente por la sangre de Cristo! No vendada superficialmente con deberes, humillaciones y experiencias de alta afectación por cosas espirituales. Aplica cualquier cosa en lugar de la sangre de Cristo y envenenarás la herida. Descubrirás que el pecado nunca fue verdaderamente mortificado, si no has visto a Cristo sangrando por ti en la cruz. Nada puede matar al pecado, sino mirar la justicia de Cristo.



www.ChapelLibrary.org